



13 de Septiembre de 2020

Estimados feligreses,

En Cristo, Dios nos ofrece el perdón de una deuda que nunca podríamos pagar: la deuda del pecado. Nuestros pecados, nuestras grandes y pequeñas rabietas de egoísmo, son terribles ofensas contra Dios. Son rebeliones directas y violentas contra su plan para nuestras vidas y para el mundo que nos rodea. La deuda de 10,000 talentos mencionada en la parábola es una imagen que el mismo Jesús da de la inmensidad de la ofensa que el pecado causa a los ojos de Dios. Pero Dios está siempre, siempre, dispuesto a perdonarlo: su misericordia no tiene límites. Pero podemos aislarnos de esa misericordia que siempre fluye, y eso es de lo que Jesús nos advierte hoy. Cuando nos negamos a perdonar las ofensas que otros nos causan, esposamos la misericordia de Dios y nos sometemos a una estricta justicia.

Anteriormente en el Evangelio de San Mateo, Cristo señaló que "Porque como juzgas, serás juzgado, y la medida con que midas te será medida" (Mateo 7: 2). Esta es la forma que Dios ha encontrado para manifestar su misericordia sin comprometer su justicia; deja a cada persona libre para elegir entre los dos. Si exigimos una justicia estricta con otros que nos ofenden, obligamos a Dios a exigirnos una justicia estricta: nos aislamos de la misericordia divina. En esta parábola, como en el Padre Nuestro, Jesús nos da el secreto para formar un corazón paciente y perdonador, para que no caigamos en esa trampa. Consiste en reconocer la inmensa maldad de nuestro propio pecado, y así percibir la inmensidad de la bondad de Dios al perdonarlo. Hasta que veamos cuán feos son la ingratitud y el egoísmo que caracterizan típicamente nuestra relación con Dios, nunca comprenderemos cuán generoso es su perdón. Sin embargo, cuando lo hacemos, nuestro corazón marchito se expande y nuestra alegre paciencia no conoce límites.

Cheryl McGuinness aprendió este secreto de la misericordia al pie de una extraña y terrible cruz. Es la viuda del copiloto del vuelo 11 de American Airlines, que fue secuestrado y estrellado en el World Trade Center el 11 de septiembre de 2001. Esa mañana, ella y sus dos hijos adolescentes lloraron y sufrieron por la horrible pérdida de Tom. Su marido. En medio de sus lágrimas, recordó algo que su esposo, sabiendo que el trabajo de un piloto es arriesgado, le había dicho mucho antes: "Si alguna vez me pasa algo, tienes que confiar en Dios. Dios te ayudará a superarlo..." Se lo tomó en serio, pero no fue fácil. Un punto de inflexión en el proceso se produjo casi un año después del ataque, cuando fue a la Zona Cero. Cuando llegó a la Zona Cero, emocionalmente aturdida, miró hacia el pozo donde los edificios habían estado en pie. Mientras miraba los restos, sus ojos se fijaron en la única estructura de acero que quedaba en pie. Tenía forma de cruz. Seguía mirando desde el pozo hasta la cruz y sus ojos se enfocaban en la cruz. Oró en el silencio de su corazón: "Señor, mataron a mi marido". Luego pareció verse al pie de otra Cruz, la cruz de Cristo, en el Calvario. Oyó a Dios en su corazón, invitándola a perdonar a los terroristas. Quiénes habían cometido esta atrocidad. Ella le preguntó por qué, y la respuesta que vino a su alma fue: " porque te perdoné. "Fue un momento de gracia y de claridad espiritual para Cheryl, en el que vio que aunque nunca había cometido horribles actos de terrorismo, sí había cometido pecados, había hecho el mal. Y Jesús la había perdonado. Fue entonces cuando sintió la fuerza interior que no había sentido antes, la fuerza para perdonar a los asesinos de su marido, y cambió el rumbo de su vida. Dios no nos pide que perdonemos por nuestras propias fuerzas, pero nos da la fuerza para perdonar al perdonarnos primero: ese es el secreto para aprender la misericordia cristiana. Con la práctica, todos podemos aprender a perdonar las pequeñas ofensas de cada día.

Sin embargo, es más difícil perdonar las cosas importantes. Tarde o temprano, cada uno de nosotros tendrá que perdonar una gran ofensa, tal vez incluso una herida devastadora infligida por alguien a quien amamos profundamente. O podemos encontrarnos con una situación en la que nosotros mismos hemos cometido un pecado tan grave que parece que no podemos perdonarnos a nosotros mismos, aunque sabemos que Dios nos ha perdonado. En estos casos, es mucho más difícil seguir el mandato de Cristo de la misericordia ilimitada, pero no imposible. Para

prepararnos para ese tipo de situación, debemos llenar nuestra mente con ejemplos de perdón y misericordia, con las verdaderas historias de nuestros hermanos y hermanas en la fe que nos precedieron y aprendieron a seguir a Cristo de cerca y con alegría. Estos son los santos. Los santos son como un Salón de la Fama para la Iglesia; aprender sobre sus vidas es como ver los videos de la NFL "Road to the Super Bowl". Los santos no nacieron santos. Lucharon a través de las mismas tentaciones y pruebas que nosotros. Pero lucharon victoriosamente, y por eso la Iglesia los nombra y nos los presenta como ejemplos de vida. Todos los santos aprendieron a aceptar y experimentar la misericordia de Dios, y también a ser misericordiosos con los demás, aunque no siempre fue fácil.

Todos tenemos uno o dos santos favoritos. ¿Por qué no tomarse un tiempo esta semana para aprender más sobre ellos, para leer algo más que un resumen de una oración de sus vidas? Démosles la oportunidad de inspirarnos, para que a su vez podamos convertirnos en verdaderas inspiraciones para otros, verdaderos modelos de misericordia como la de Cristo.

Que Dios te bendiga.

Padre Dan.